

quedado atrás, envió á buscarlos. El arzobispo contestó al mensajero del rey estas duras palabras: «*Id é decid á vuestro rey, que ya está harto de él é de sus cosas, é que agora se verá quien es el verdadero rey de Castilla* (1).» Aquellos dos magnates, con una falsía que la moral en todos tiempos condena, no habian servido al rey sino con el torcido designio de lograr las fortalezas que apetecian, y de acabar de perderle so color de leales consejeros. Cuando les pareció ocasion le abandonaron uno y otro: el prelado se fué á reunir con los confederados en Avila; la primera noticia que el rey tuvo del ~~almanaque~~ ~~que~~ ~~que~~ ~~había~~ ~~alzado~~ pendones en Valladolid por don Alfonso.

Incorporados los de la liga con el arzobispo de Toledo en Avila, determinaron desposeer al rey de una manera tan solemne como audaz y afrentosa. En un llano inmediato á la ciudad hicieron levantar un estrado tan alto que pudiera verse á larga distancia. En él colocaron un trono, sobre el cual sentaron una efigie ó estatua de don Enrique con todas las insignias reales, aunque en traje de luto. Hecho ésto, leyeron un manifiesto, en que hacian grandes acusaciones contra el rey, por las cuales merecia ser depuesto del trono y perder el título y la dignidad real. En su consecuencia procedieron á despojarle de todas las insignias y atributos de la magestad. El arzobispo de Toledo fué el primero que le quitó la corona de la

(1) Castillo, Cron. c. 73.

cabeza: el conde de Plasencia le arrebató el estoque; el de Benavente le despojó del cetro, y don Diego Lopez de Zúñiga derribó al suelo la estatua. Seguidamente alzaron en brazos al jóven príncipe don Alfonso, y le sentaron en el trono vacante, proclamando á grandes voces: *¡Castilla por el rey don Alfonso!* Los gritos de la multitud se confundieron con el ruido de los atabales y trompetas (5 de junio, 1465) y los grandes y prelados, y despues el pueblo pasaron con gran ceremonia á besar la mano del nuevo monarca (1).

Cuando la noticia de esta ignominiosa solemnidad llegó á don Enrique, exclamó: «*Agora podré yo decir aquello que dijo el profeta Isaías... Crié hijos y púseles en grand estado, y ellos menospreciaronme.*» Comenzaron á llegarle de todas partes mensajes siniestros. Toledo y Burgos, Córdoba y Sevilla, con los condes de Arcos y Medinasidonia, habian alzado tambien pendones por don Alfonso. Entonces don Enrique pronunció con mucha calma y serenidad las palabras de Job: «*Desnudo salí del vientre de mi madre, é desnudo me espera la tierra.*» Sin embargo despachó cartas por todo el reino para que le viniesen á servir y ayudar contra los rebeldes. El llamamiento no fué infructuoso. La misma enormidad del desacato de parte de los tumultuados nobles, el estremo á que habian

(1) Castillo, *ibid.* c. 74.—Alonso de Plasencia, Cron. MS. part. 2. c. 62.

llevado su irreverencia y su osadía en Avila, despertó en Castilla el sentimiento de la legitimidad y produjo una reaccion en favor del monarca destronado. Si en el púlpito y en el foro no faltaban voces que aplaudieran la escena de Avila, en el púlpito, en el foro y en las plazas la condenaban mayor número de voces. Los primeros nobles que vinieron á su servicio, además del conde de Alba que habia precedido á todos, fueron los condes de Trastamara y de Valencia. El prior de San Juan, el condestable y el mariscal de Castilla, hechuras suyas y el conde de Cabra, le permanecieron fieles en Andalucía contra los esfuerzos del activo rebelde maestro de Calatrava. *El buen conde de Haro*, el marqués de Santillana, suegro de don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, los condes de Medinaceli y de Almazan, y otros poderosos caballeros é hidalgos fueron tambien engrosando el partido del rey. La gente del pueblo, de suyo mas adicta á su soberano que la orgullosa nobleza, acudia de todas partes y se agrupaba en derredor de las banderas de don Enrique. Pronto se reunió en Toro y sus cercanías un ejército mucho mas numeroso que el de los confederados.

Simancas fué una de las poblaciones que se distinguieron mas por su lealtad á don Enrique y por su heroismo. Los sublevados de Valladolid, donde señoreaba el almirante desde la proclamacion de don Alfonso, despues de haber salido á combatir á Peñafior,

se dirigieron contra Simancas, y asentaron su real sobre una cuesta que la domina. Lejos de abatirse los de la villa, defendida por Juan Fernandez Galindo, ejecutaron una escena parecida á la que habian practicado los magnates en Avila, pero en sentido inverso, y todavía mas ridícula y burlesca. Juntáronse hasta trescientos «mozos despuelas,» que así los llama la crónica, y acordaron hacer una figura que representaba el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, al cual llamaban *don Oppas*, por alusion al traidor arzobispo de Sevilla hermano del conde don Julian, en tiempo del rey don Rodrigo. Hicieron la ceremonia de ponerle en prision, y constituidos en tribunal, uno que hizo de juez pronunció la sentencia siguiente: «Por quanto vos don Alfonso Carrillo arzobispo de Toledo, siguiendo las pisadas del obispo don Oppas, el »traidor de las Españas, habeis seido traydor á nuestro »rey y señor natural, revelándovos contra él con los »lugares é fortalezas é dineros que vos avia dado para que le sirviéredes; por ende, vistos los méritos »del proceso..... mando que seais quemado, llevándovos por las calles é lugares públicos de Simancas, »á voz de pregonero diciendo: *Esta es la justicia que »mandan hacer de aqueste cruel don Oppas; por quanto »rescebidos lugares, fortalezas é dineros para servir á »su rey, se rebeló contra él: mándanle quemar en prueba é pena de su maloficio: quien tal fizo, que tal haya.*» Y tomando la efigie, la llevaron publicando es-

te pregon frente al real donde estaban los enemigos, y despues de habérsela mostrado con burla, encendieron una hoguera y la quemaron en la plaza <sup>(1)</sup>. Viendo los sitiadores la ninguna esperanza de tomar una poblacion defendida por gente tan resuelta y animosa, levantaron el cerco y tornáronse á Valladolid.

A otro gefe de mas nervio que don Enrique le hubieran sobrado gente y elementos para desbaratar los planes y las fuerzas de los sublevados, y apagar el fuego de la rebelion; pero él, indolente y apático de suyo, é inclinado á la paz, ~~no solo hacia tibia y flojamente la guerra,~~ sino que habiéndole pedido una entrevista el marqués de Villena á solas en el campo para terminar sus diferencias de un modo amistoso accedió el rey á tener aquella plática; y de ella resultó que bajo la promesa que el astuto marqués le hizo de que en un plazo convenido haria que todos los de su bando volviesen á la obediencia de don Enrique, y dejarian de dar á su hermano don Alfonso el título de

(1) Todas estas burlescas ceremonias las acompañaban can-

Esta es Simancas,  
Don Oppas traydor;  
Esta es Simancas,  
Que no Peñafior.

Esta copla duró mucho tiempo en Castilla y se hizo popular.— Enriquez del Castillo, Cron. cap. 77.—Historia manuscrita de Simancas por el licenciado Cabezudo.—En esta historia inédita, que existe en aquella villa, y que en nuestros viages á aquel archivo hemos tenido muchas ocasiones de leer, se dan muy curiosas noticias de este reinado, especialmente de lo acontecido en Castilla la Vieja, teatro principal de los sucesos.

rey, derramára el buen monarca su gente y licenciára sus soldados con grande indignacion de estos, al ver que se habian comprometido por un soberano que así se dejaba engañar, y de aquella manera abandonaba sus propios intereses (1466). Al fin los magnates y caudillos sacaron todos algun provecho de esta in calificable resolucion, porque al tiempo de despedirlos, á todos les hizo mercedes de villas y de muchos miles de maravedís de juro <sup>(1)</sup>: El se retiró á Segovia con la reina y las infantas. El de Villena se cuidó poco de cumplir su ofrecimiento. Con el licenciamiento de las tropas, Casulla se plagó de gente bandida que infestaba los caminos y alarmaba las poblaciones; todo era violencias, asesinatos y robos, y los hombres apenas se contemplaban seguros en sus casas cuanto mas en los campos. No era posible vivir en aquel estado de miserable anarquía, y las villas y ciudades para proveer á su propia seguridad apelaron al remedio acostumbrado en situaciones semejantes, cuando les faltaba la proteccion de las autoridades y de las leyes, á hacer *hermandad* entre sí contra la plaga de malhechores y gente malvada. Hicieron sus estatutos y reglamentos, que el rey aprobó, y merced á los esfuerzos de la hermandad, se reprimieron y castigaron muchos crímenes y se restableció algun tanto la seguridad pública.

Los escesos y tiranías de los confederados se con-

(1) Enriquez del Castillo, Cron. c. 34 y 32.

vertian en favor de don Enrique, no tanto por adhesion á su persona quanto por amor y respeto á la legitimidad que representaba. La ciudad de Valladolid aprovechó una salida que hizo el almirante con el príncipe don Alfonso y su gente sobre Arévalo, para alzarse otra vez proclamando á don Enrique, el cual fué recibido en ella con fiestas y alegrías. Pero estas buenas disposiciones de los pueblos y aun de los nobles á volver al servicio de su legítimo soberano se estrellaban en el ánimo abyècto del rey y en su ya indisculpable debilidad. De ello dió en aquella sazón la prueba mas lastimosa. El hermano del marqués de Villena, don Pedro Giron, maestre de Calatrava, el gran agitador de la Andalucía contra el rey, y uno de los gefes mas ambiciosos y mas activos, se atrevió á proponer á don Enrique por medio del arzobispo de Sevilla y de acuerdo con su hermano el de Villena, que si le daba la infanta doña Isabel en matrimonio, se vendria á su servicio con tres mil lanzas, le prestaria sesenta mil doblas, le entregaria al príncipe don Alfonso, á quien llamaban rey, y el de Villena volveria tambien á ser súbdito y servidor suyo. No tuvo dificultad don Enrique en admitir proposicion tan degradante y afrentosa, y en comprar una paz humillante sacrificando á su hermana y consintiendo en hacerla esposa del mas turbulento y el mas licencioso de sus enemigos. Apresuróse á alejar de su lado al duque de Alburquerque (don Beltran de la Cueva) y

al obispo de Calahorra su hermano, y escribió al de Calatrava que se viniese cuanto antes á celebrar las bodas, para las cuales solicitó de Roma la oportuna dispensa como gran maestre que era el Giron de un orden religiosa.

Pero la Providencia, que tenia destinada la princesa Isabel para mas honroso enlace y para mas altos destinos, dispuso que las cosas sucedieran muy de otra suerte que como lo tenían concertado el rey, el de Calatrava y Villena. De ningun modo se hubiera realizado aquel matrimonio ignominioso. Porque aquella ilustre y virtuosa princesa, mas celosa de su honra, y de mas teson y carácter, á la edad de diez y seis años que entonces tenia, que el rey su hermano; aquella jóven, que en edad todavia mas tierna habia tenido entereza para rechazar su concertado enlace con el rey don Alfonso de Portugal, recibió con tal disgusto la noticia de la deshonor que se le preparaba, que desde luego resolvió no consentirla. Retirada á su aposento, sin sosiego ni para comer ni para dormir, rogando á Dios que la libertára de aquella afrenta aunque fuese con la muerte, lamentábase una noche de su situacion con su fiel amiga la discreta y virtuosa doña Beatriz de Bobadilla. Cuéntase que esta animosa y varonil doncella, oida la queja y afliccion de Isabel, exclamó: «No, no lo permitirá Dios, ni yo tampoco:» y sacando un puñal que llevaba escondido juró clavarle en el corazon del maestre de Calatrava antes que consentir

en que fuese el esposo de su amiga <sup>(1)</sup>. El cielo no permitió que fuese necesario tan duro medio para libertar á Isabel del oprobio que la amenazaba. Puesto en camino el de Calatrava desde Almagro á Madrid con gran séquito de caballeros de su bando, á la segunda jornada adoleció en Villarrubia de una aguda enfermedad que acabó con su vida en muy pocos dias, muriendo con poca edificacion cristiana <sup>(2)</sup>. A pesar de la oportunidad de esta muerte, ningun escritor, si no es un extranjero <sup>(3)</sup>, se atrevió nunca á manchar con sospechas la pura y limpia fama de la virtuosa Isabel.

La muerte del gran maestro de Calatrava don Pedro Giron frustró las esperanzas de concordia del rey y desconcertó tambien á los del partido de don Alfonso, ya harto disgustados de los interesados manejos y personal ambicion del marqués de Villena. Logró sin embargo este revoltoso magnate que se pusiese la villa de Madrid en poder del arzobispo de Sevilla, y que fuese el punto en que se viesen otra vez el rey don Enrique y él con el conde de Plasencia á pretesto de tratar la manera de dar paz y sosiego al

(1) Palencia, Décadas.—Id. Cron. MS. c. 73.—Oviedo, Quincuagenas. Dial. de Cabrera.

(2) En esto convienen los dos cronistas de opuestos partidos. Castillo, que fué siempre del de don Enrique, y Palencia, que siguió las banderas de don Alfonso y de los confederados. «Murió, di-

ce el primero, con mas poca devocion que como católico cristiano debía morir.» Cap. 85. «Murió, dice el segundo, profiriendo imprecaciones, porque no habia durado su vida algunas semanas mas.» Cron. MS. c. 73.

(3) Gaillard, Rivalité, tom. III.

reino. Mas tampoco dieron resultado las conferencias de Madrid, por nuevos artificios del marqués, que parecia proponerse perpetuar la discordia y hacerse el negociador necesario á unos y á otros, y ser el primer hombre para todos. Siguiéron pues las desavenencias, las mútuas defecciones, las guerras parciales, los desórdenes públicos, y fué creciendo la anarquía, de la cual no fué quien menos se aprovechó el marqués de Villena, haciéndose nombrar gran maestre de Santiago, sin auencia del rey don Enrique, ni consentimiento del príncipe don Alfonso, ni pedir la provision al papa, ni consultar siquiera á los prelados.

Encamináronse al fin las cosas de modo que se hizo inevitable una batalla formal entre la gente de los dos reyes hermanos don Enrique y don Alfonso. Las llanuras de Olmedo parecian destinadas para ventilarse en ellas por las armas las grandes contiendas entre los reyes de Castilla y sus súbditos rebeldes. Allí, donde veinte y dos años antes habia combatido y vencido don Juan II. con su favorito don Alvaro de Luna á los infantes de Aragon y á los nobles castellanos de su partido, se encontraron ahora (20 de agosto, 1467) el ejército de su hijo don Enrique y de su privado don Beltran de la Cueva con el de su hermano don Alfonso y los grandes y prelados que le proclamaban. Hallándose los del rey en el monte de Hiscar, llegó un heraldo enviado por el arzobispo de Sevilla á avisar al duque de Alburquerque (don Beltran de la Cueva)

que cuarenta caballos de don Alfonso y del arzobispo de Toledo habian hecho voto solemne de buscarlo en la batalla hasta prenderle ó matarle. «Pues decidles, contestó con arrogancia don Beltran, que las armas é insignia con que he de pelear son las que aqui veis: tomad bien las señas para que las sepais blasonar, y que por ellas me conozcan y sepan quién es el duque de Alburquerque.» El rey, por el contrario, hubiera de buena gana eludido el combate, pero no pudo contener el ardor y resolucion de su gente. A la cabeza de la hueste de los confederados se presentaron el jóven príncipe Alfonso y el arzobispo de Toledo, vestido aquel de cota de malla, el prelado luciendo un rico manto de escarlata, bordada en él una cruz blanca, y llevando debajo la armadura. Empeñada la pelea, todos combatieron con igual encarnizamiento por espacio de tres horas. La gente del rey era mas en número; en los de la liga habia mas intrepidez y arrojo. Sin embargo, don Beltran de la Cueva, perseguido por los que habian jurado su muerte y buscaban su persona conociendo ya sus armas, despues de haberse visto en grande estrecho, del cual le sacó el marqués de Santillana, su suegro, correspondió á la fama que tenia de esforzado caballero, y peleó bravamente haciendo gran daño en los escuadrones enemigos. El jóven príncipe don Alfonso, el rey de los confederados, y el belicoso arzobispo de Toledo, aunque traspasado un brazo de un bote de

lanza, fueron los últimos á retirarse del combate, al cual puso término la noche. La gente de don Enrique quedó dueña del campo, pero la victoria no fué completa, y unos y otros se proclamaban vencedores. Notóse en aquella batalla la ausencia de un personaje á quien en vano buscaban las miradas de todos. Este personaje era el rey don Enrique, que engañado, dicen, por un falso aviso que tuvo, se retiró precipitadamente con treinta ó cuarenta caballos á un pueblo inmediato <sup>(1)</sup>.

Como vencedores fueron recibidos el rey y los suyos con fiestas y luminarias en Medina. Pero la batalla de Olmedo estuvo muy lejos de decidir la cuestion, y Castilla continuó siendo teatro de espantosa anarquía y de escenas cada vez mas sangrientas. Un nuncio del papa que habia sido enviado para ver de reconciliar los bandos enemigos, queriendo exhortar á los confederados á que se redujesen á la obediencia del rey, fué insultado entre Olmedo y Medina, tratado con el mayor vituperio, y aun llegó á correr riesgo su persona. Multiplicáronse las traiciones. El conde de Alba, faltando á su fé y palabra, se pasó á los de la liga, y se decia de él públicamente con lu-

(1) El mismo cronista Enriquez del Castillo fué á buscar al rey despues de la batalla. «Sabido su apartamiento (dice), fué á buscar á gran priesa por el rastro hasta la aldea donde estaba, y hallándole le dije: ¿Cómo los reyes que son vencedores así

se han de arredrar de su hueste, que tan varonilmente han alcanzado la gloria de su triunfo? Andad acá, señor, que sois vencedor, é vuestros enemigos quedan vencidos é destruidos.» Cron. cap. 97.

dibrio, que se habia vendido en pública almoneda. Pedrarias de Avila vendió la ciudad de Segovia á los enemigos del rey: desde entonces la infanta doña Isabel que allí se hallaba, se quedó con don Alfonso su hermano <sup>(1)</sup>. Golpe fué este que sintió don Enrique con mas amargura que cuanto antes le habia pasado. Desatentado y sin norte andaba ya este desventurado monarca: de ánimo apocado y pobre, y cansado de sufrir, abandonaba á sus servidores mas leales, hacia humillantes transacciones con el marqués de Villena, creia á todos y todos le burlaban, y traíanle miserablemente asendereado. Mas como la inconstancia, la deslealtad y la traicion eran comunes en los de uno y otro bando, convertíanse muchas veces los sucesos en favor de don Enrique, sin que él pusiera nada de su parte. El marqués de Villena estuvo á pique de ser asesinado en el palacio mismo de don Alfonso y hablando con la princesa Isabel, por su mismo yerno el conde de Benavente, sentido con él desde que se apoderó del maestrazgo de Santiago. Este conde, junto con los de Plasencia y Miranda y el arzobispo de Sevilla, disgustados de la conducta del de Villena, se declararon servidores de don Enrique, y le trajeron consigo á Madrid. Toledo, despues de muchos alborotos y revueltas, se alzó tambien por el rey, que fué

(1) Allí fué preso el cronista de la crónica del rey que tenia Castillo, y entre otras muchas cosas perdió los papeles y la par-

recibido en la ciudad con demostraciones de regocijo. Mas era tal el desconcierto en toda Castilla, que las ciudades guerreaban unas con otras, y habíalas en que se hacian guerra á muerte unos á otros vecinos de un mismo barrio: las familias andaban igualmente divididas; los templos eran ocupados por partidas armadas, ó saqueados y destruidos; los nobles desde sus fortalezas apresaban y despojaban á los viajeros; á pesar de los esfuerzos de la hermandad se volvió á no poderse andar por los caminos, y en el cielo y en la tierra veia el pueblo fenómenos de siniestro presagio.

Un acontecimiento mopinado vino á tal tiempo á dar rumbo diferente á aquella situacion lamentable y triste. El príncipe don Alfonso, á quien los confederados llamaban rey de Castilla, falleció casi de repente en la villa de Cardenosa, á dos leguas de Avila (5 de julio, 1468) á la edad de quince años, y en el tercero de su turbulento reinado, si reinado puede decirse su efímera y parcial dominacion <sup>(1)</sup>. El hermano de Isabel

(1) Castillo atribuye su muerte á la epidemia que entre las otras calamidades afligia entonces los pueblos de Castilla; pero generalmente se atribuyó á veneno que le dieron en una empanada de trucha. Diego de Valera, en su cap. 44, lo dice expresamente. »E como se asentase á comer, entre los otros manjares fué traída una trucha en pan, que él de buena voluntad comia, y comió della un poco; y luego en punto le tomó un sueño pesado, contra su costumbre, y fuese á acostar en su cama sin hablar palabra á persona, é durmió allí fasta otro dia á hora de tercia, lo qual no solia acostumbrar, é llegaron á él los de su cámara, é tentaron sus manos, é non le fallaron calentura. E como no despertaba, comenzaron á dar voces, y él no respondió..... é tocaron todos sus miembros, é non le fallaron landre. E venido el físico, á gran prisa lo mandó sangrar, é ninguna sangre salió, é finchósele la lengua, é la boca se le puso negra, é ninguna señal de pesadumbre en él pareció.....»

hubiera podido ser con el tiempo un gran monarca. A pesar de su corta edad, y de la posición incierta y falsa en que se vió colocado, dió muestras de su buen corazón, de su prudencia y de su aptitud para gobernar un reino <sup>(1)</sup>.

Fallecido que hubo el príncipe, acogiéronse apresuradamente los de la liga á la inmediata ciudad de Avila. Allí brindaron á Isabel con el trono que su hermano acababa de dejar vacante, rogándola consintiese en ser proclamada reina de Castilla. Aquella discreta princesa, con un desinterés, con un juicio y una discreción superiores á su edad, lejos de dejarse fascinar con tan seductora oferta, la rechazó con dignidad y entereza contestando, que mientras viviera su hermano don Enrique nadie tenía derecho á la corona, y que el mayor beneficio que podían hacerle era que restituyesen el reino á su hermano y se contentasen con él y volviesen la tranquilidad á la monarquía. En vista de esta generosa contestación, y habiendo recibido cartas de don Enrique exhortándolos á que le prestáran obediencia, el de Villena á nombre de los confederados propuso al rey que si reconocía y juraba á la princesa Isabel por sucesora y heredera de los reinos le obedecerían todos como á le-

(1) Marina, en el tom. III. de su Teoría, segunda parte de los Apéndices, copia dos provisiones de este príncipe como rey de Castilla, sacadas, la primera de la biblioteca de la catedral de Sevilla, A. A. tabla 144, y la segunda del archivo de la casa del marqués de Valdecarzana.

gítimo soberano de Castilla. El buen don Enrique cansado ya de disgustos y congojas, y ansioso de paz y de descanso, suscribió con su acostumbrada docilidad á esta nueva proposición, con no poco disgusto del marqués de Santillana y los Mendozas, que no pudiendo sufrir tanta mengua y humillación del rey cuya hija tenían en su guarda, se salieron con grande enojo de la corte. En este intermedio la reina doña Juana, que se hallaba en la fortaleza de Alaejos en poder del arzobispo de Sevilla, una noche, de acuerdo con don Luis Hurtado, de la familia de los Mendozas, se fugó del castillo, descolgándose por una ventana y lisiéndose al caer en el rostro y en alguna otra parte de su cuerpo. Tomóla entonces Luis Hurtado á las ancas de su mula, y á todo andar la trasportó á Buitrago, donde estaba su hija doña Juana. El arzobispo de Sevilla se declaró desde entonces su mortal enemigo. Suponen algunos que la reina en este tiempo había tenido con un sobrino del arzobispo, llamado don Pedro, flaquezas de la misma especie que las que antes le habían atribuido con don Beltrán de la Cueva.

Con arreglo á los tratados que habían mediado entre los confederados y el rey, estipulóse entre ellos un asiento ó concordia cuyos principales capítulos eran: que la infanta Isabel sería reconocida como princesa de Asturias, y heredera de los reinos de Castilla y de Leon, señalándole para su acostamiento varias ciudades y villas; que se convocarían cortes para

sancionar legal y solemnemente su derecho; que no se la obligaría á casarse contra su voluntad, ni ella lo haría sin consentimiento del rey su hermano; que la reina, cuya vida licenciosa se reconoció como un hecho público, quedaria divorciada de su marido y seria enviada fuera del reino, sin que pudiese llevarse su hija. Este capítulo prueba hasta que punto tan lastimoso llegó la imbecilidad de este rey; y cómo le hicieron firmar su propia ignominia. «Item (decia), »por quanto al dicho señor rey et comunmente en »todos estos reinos et señoríos es público et manifiesto »que la reina doña Juana de un año a esta parte non »ha husado limpiamente de su persona como cumple »á la honra de dicho señor rey nin suya; et asimismo »el dicho señor rey es informado que no fué nin está »legítimamente casado con ella..... etc. (1).» En consecuencia de este convenio salieron el rey y la princesa, de Madrid el uno y de Avila la otra, cada cual con los prelados y caballeros que le seguian, y reuniéndose en el campo de la venta llamada de *los Toros de Guisando* (2) en la provincia de Avila, abrazó el rey á su hermana con muestras del mayor cariño, y seguidamente la proclamó con toda solemnidad heredera y sucesora suya en los reinos (19 de setiembre, 1468),

(1) Marina, que trascribe este documento, sacado del archivo de Villena en la villa de Escalona, y de la Biblioteca real D. d. núm. 434, equivoca la fecha, pues supone celebrada la capitulacion en

1463, habiéndolo sido en setiembre de 1468.

(2) De cuatro toros toscamente esculpidos en piedra con inscripciones latinas.

procediendo despues los nobles y prelados de una y otra comitiva á jurarla y besarle la mano en señal de homenaje, y renovando los confederados el juramento de fidelidad al rey don Enrique. El legado pontificio que alli se hallaba relevó á todos, por autoridad que tenia del Santo Padre, de cualesquiera otros juramentos que antes en otro cualquier sentido hubiesen hecho. El rey y la princesa se retiraron á pasar la noche en Cadalso. Don Juan Pacheco, marqués de Villena, volvió á su antigua privanza con don Enrique, el cual le confirmó en la posesion del maestrazgo, de Santiago, uno de los objetos que habian estimulado al de Villena á promover y activar aquellas negociaciones (1).

La reina doña Juana, que veia su afrenta y deshonra y la perdicion y ruina de su hija consignada en el tratado y jura de los Toros de Guisando, habido consejo con los suyos, anvió á su amigo don Luis Hurtado con una protesta al nuncio del papa contra la validez de aquellos actos, amenazando hasta con apelar á Su Santidad quejándose de él como de juez parcial é injusto. Por otra parte el marqués de Villena, sabedor del disgusto con que el de Santillana y los Mendozas habian recibido la declaracion contra la reina y la exclusion de su hija, interesado en que no

(1) Alonso de Palencia, Cron. I.—Galindez de Carbajal, Rey don part. II.—Castillo, Cron. c. 418. Fernando el Católico.—Pulgar, Reyes Católicos, part.